

¿Qué es un líder empresarial cristiano?

ANTONIO ARGANDOÑA

Revista Cultura Económica
Año XXX • Nº84
Diciembre 2012: 56-60

El documento del Consejo Pontificio para la Justicia y la Paz *La vocación del líder empresarial: una reflexión*, es un aporte muy importante para la comprensión de lo que es un directivo o empresario cristiano, cuál es su misión y cómo debe llevarla a cabo. Está llamado a ser una lectura obligada para los empresarios y directivos, ya sean cristianos o no, porque, en definitiva, el líder cristiano no debe vivir otros valores, aunque sí experimente una exigencia y una motivación superiores y una responsabilidad más amplia (VBL, 1), y disponga de medios más abundantes y eficaces, sobre todo la gracia de Dios que recibe a través de los Sacramentos y de los medios que le ofrece la Iglesia (VBL, 62).

El objeto de este artículo es ofrecer un marco previo a este documento, que pueda ayudar al lector a entender los supuestos antropológicos y éticos de la figura y la tarea del líder empresarial. Primero presentaremos los caracteres de la persona, tal como los recoge la Doctrina Social de la Iglesia, para referirnos luego a lo específicamente cristiano de esa antropología, al cristiano que trabaja y al cristiano que dirige organizaciones, principalmente empresas de negocios.

I. La persona

Aunque la Iglesia no tiene como misión elaborar teorías sociales, “ofrece al mundo «lo que posee como propio: una visión global del hombre y de la humanidad»” (*Caritas in Veritate*, 18). Ese hombre, que es el centro de la enseñanza de la Iglesia, se caracteriza, entre otros, por los siguientes trazos:

- Es un ser creado por Dios, a su imagen y semejanza. No se ha dado a sí mismo el ser, ni el fin de su vida, ni los criterios morales que la orientan. Dios tiene un proyecto para cada hombre que constituye su vocación (VBL, 31), y el hombre halla su bien cuando la encuentra y la asume.
- Unidad de cuerpo y alma, con una dimensión material y otra espiritual, con racionalidad no solo instrumental, sino también directiva, y con voluntad.
- Es un ser “único e irreplicable, existe como un «yo» capaz de autocomprenderse, autopoerse y autodeterminarse” (*Compendio de Doctrina Social de la Iglesia*, 131); inteligente y libre, con libertad finalizada; creativo y responsable, con una dignidad inherente, no donada ni ganada; “es un *quién* no un *qué*; un *alguien*, no un *algo*” (VBL, 30).
- “No es un átomo perdido en un universo casual” (*Caritas in Veritate*, 29). Creado por amor, “vive la sorprendente experiencia del don” (*Caritas in Veritate*, 34) y está hecho para el don: tiene la capacidad de darse a los otros, y ahí encuentra su plenitud.
- Es sociable y relacional, abierto al mundo, a los demás y a Dios. Su sociabilidad se debe no tanto a sus limitaciones como a sus capacidades: necesita a los demás, pero se realiza cuando se relaciona con ellos (VBL, 32).
- Tiene una capacidad, limitada pero real, de buscar y encontrar la verdad y el bien (VBL, 32), y de conseguir un florecimiento siempre mayor en esta vida (VBL, 33). Puede percibir, entender, juzgar y decidir,

aunque con fallos. “Se desarrolla cuando crece espiritualmente, cuando su alma se conoce a sí misma y la verdad que Dios ha impreso germinalmente en ella, cuando dialoga consigo mismo y con su Creador” (*Caritas in Veritate*, 76).

- Está llamado al encuentro con Dios y a “compartir su vida con Dios por toda la eternidad” (*VBL*, 33), pero empezando ya en esta vida.
- Herido por el pecado, a menudo hace lo que no debería hacer y deja de hacer lo que debería hacer. Esto significa que aquella capacidad para desarrollarse y alcanzar su plenitud como persona depende de él, pero no solo de él: necesita de la ayuda de Dios, de la gracia.
- “La ley fundamental de la perfección humana y, por tanto, de la transformación del mundo, es el mandamiento nuevo del amor” (*Gaudium et spes*, 38).

Estos caracteres, y otros que omitimos en aras a la brevedad, son comunes a lo que algunas teorías filosóficas explican. La persona que definen no queda por debajo de lo que aceptan las ciencias humanas, pero la supera en muchos aspectos, principalmente en su dimensión espiritual, su vocación a la trascendencia y al amor de Dios, su dignidad y su sociabilidad, fundada en el amor. En otras palabras: las capacidades del líder cristiano no están recortadas, sino que se proyectan sobre una figura humana de indudable grandeza.

II. El cristiano

Si ha sido creada a imagen y semejanza de Dios, que es infinitamente sabio y omnipotente, cada persona reflejará solo parcialmente esas perfecciones, en mayor o menor grado. Hay, pues, muchas maneras de ser cristiano, aunque todas ellas tienen algunos trazos en común, que resumimos aquí.

El cristiano sabe algo sobre Dios: que existe, que ha creado el mundo y le ha creado a él, que tiene sus propios designios sobre cada persona y sobre el mundo, y que no se desentiende de esas realidades. Ese conocimiento se basa en la razón y, sobre todo, en la fe, que es un don de Dios, pero también

un “acto auténticamente humano [que] no es contrario a la libertad ni a la inteligencia del hombre” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 154).

Esta fe en Dios lleva a una adhesión a Él: a una Persona, no a una idea, a una teoría o a una ética (*VBL*, 28). El cristiano cuenta con la acción de Dios: los medios naturales, incluyendo las capacidades y las limitaciones humanas, no son lo decisivo. Esta adhesión es posible porque Dios ha tomado la iniciativa en Jesucristo: “creer en Dios es inseparablemente creer en aquel que Él ha enviado” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 151).

El cristiano es, pues, una persona que “se ha encontrado”, o mejor, que “se encuentra” cada día con Jesús. “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida” (*Deus charitas est*, 1). No es un encuentro físico, pero tampoco es una imaginación o un sueño. El cristiano encuentra a Cristo cuando comprende, por la fe, que Dios existe, que está presente en la vida del cristiano y que actúa en él. Y en esa revelación Dios “manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación” (*Gaudium et spes*, 22): que ha sido “llamado a participar, por el conocimiento y el amor, en la vida de Dios” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 356), como hijo adoptivo suyo.

El cristiano “reproduce”, pues, la vida de Cristo; sus obras son ahora, de algún modo, obras de Dios. Esto no quiere decir que sea capaz de hacer cosas humanamente extraordinarias, sino que su existencia no está limitada a su propio orden de perfección. Y, sin embargo, esta “invasión” de Dios respeta la libertad del hombre. El cristiano, pues, debe esforzarse por vivir de un modo coherente con la vida de Cristo, que ahora actúa en él (*VBL*, 28). Y su meta es la excelencia, la santidad, porque “todos los fieles, de cualquier estado o régimen de vida, son llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad” (*Lumen gentium*, 40).

Ser cristiano implica, pues, observar una ética, un conjunto de prácticas o mandamientos, y vivir unas virtudes. Pero eso no basta para definir al cristiano, porque muchos no

cristianos se comportan también de esa manera. “La vocación primera del cristiano es la de seguir a Jesús” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 2253), comportarse según el modo propio de un hijo de Dios. Y esto se consigue mediante el amor, respondiendo a la iniciativa de Dios, que “nos amó primero” (1 Jn 4, 19), y que al amar al hombre, “lo ha llamado también al amor, vocación fundamental e innata de todo ser humano” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 1604), con dos dimensiones: “amarás al Señor tu Dios” y “amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Mt 22, 37.40).

El encuentro del cristiano con Cristo no es un encuentro intelectual, fruto del estudio, de la reflexión personal o de una iluminación exterior. El hombre es un ser social, que recibe la vida mediante otras personas, aprende de ellas y se desarrolla con ellas. La fe y la práctica cristiana le llegan del mismo modo: mediante la pertenencia a la Iglesia. “Nadie puede creer solo, como nadie puede vivir solo. Nadie se ha dado la fe a sí mismo, como nadie se ha dado la vida a sí mismo” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 166). En consecuencia, “la fe tiene implicaciones sociales, no es solo una realidad privada” (*VBL*, 64).

III. El cristiano que trabaja

El hombre, “en cuanto «imagen de Dios» es una persona, es decir, un sujeto capaz de actuar de modo programado y racional, capaz de decidir autónomamente, que tiende a la realización de sí mismo. Como persona, pues, el hombre está sujeto al trabajo” (*Laborem exercens*, 6). Los planes de Dios sobre el hombre, al llamarle a una relación de amistad con él, incluyen el trabajo (*VBL*, 7).

Gracias al trabajo, el hombre consigue lo necesario para su vida; consigue también conocimientos, capacidades, actitudes y valores que le perfeccionan, porque “el valor primordial del trabajo pertenece al hombre mismo, que es su autor y su destinatario” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 2428), y logra, finalmente, otros resultados que se proyectan en los demás hombres: la satisfacción de sus necesidades, la contribución al bienestar de la sociedad, el desarrollo de los conoci-

mientos y capacidades de otros, etc. El trabajo es, pues, algo “positivo y creativo, educativo y meritorio” (*Laborem exercens*, 11).

Todo esto, lo mismo que el derecho y el deber de trabajar, se exige a todo hombre. Pero el cristiano conoce por la fe que Dios le ha hecho la donación del mundo, con el encargo de dominarlo mediante el trabajo (Gen 2, 15), de modo que este entra así a formar parte de su vocación (*VBL*, 5). Y en el trabajo tiene lugar también su encuentro con Cristo, que vino al mundo para redimirlo también mediante el trabajo. El trabajo lleva a la persona humana a participar en la creación y en la redención (*VBL*, 5).

Como los demás hombres y mujeres, el cristiano toma sus decisiones sobre el ámbito y el contenido de su trabajo en función de sus preferencias, capacidades, historia y entorno. Todas esas situaciones son, en principio, buenas; el mal no es definitorio del mundo. Y como toda persona honrada, el cristiano excluirá aquellas actividades y decisiones que sean inmorales, esto es, que puedan degradarle como persona. Y esto no es tampoco algo específicamente cristiano, porque los criterios morales no tienen por qué ser distintos para una persona con fe.

Pero esto no significa que, a la hora de actuar, ser creyente sea irrelevante. El cristiano, por el hecho de serlo, no ve reducidos sus conocimientos y capacidades; el trabajo no garantiza el éxito humano del creyente, pero tampoco lo dificulta (*VBL*, 12). Por supuesto, no podrá utilizar medios inmorales, como ya dijimos, pero esto no es una restricción, sino una fortaleza, si se trata de conseguir no un resultado externo, sino el desarrollo humano integral de la persona y el bien de los demás.

El cristiano tendrá también las mismas motivaciones que el no cristiano, como la consecución de ingresos, la satisfacción por la tarea realizada, el aprendizaje de nuevas capacidades y el servicio a los demás. Pero si el trabajo tiene también un sentido sobrenatural, esto proporciona al cristiano motivos adicionales para llevarlo a cabo, porque “el mensaje cristiano no aparta a los hombres de la edificación del mundo ni los lleva a despreocuparse del bien ajeno, sino que, al contrario, les impone como deber el hacerlo” (*Gaudium et spes*, 34).

Y aún hay más. El cristiano, que no tiene ventaja a la hora del conocimiento natural, sabe “algo más” en el plano sobrenatural: si el mundo es obra de Dios, si hay una realidad escatológica más allá de este mundo, si Dios no se desentiende del mundo y actúa en él a través del trabajo de sus hijos,... entonces la realidad es “algo más” de lo que es capaz de ver alguien que no tenga fe. “El Reino de Dios, presente en el mundo sin ser del mundo, ilumina el orden de la sociedad humana; así se perciben mejor las exigencias de una sociedad digna del hombre [y] se corrigen las desviaciones” (*Centesimus annus*, 25).

El buen cristiano, que no separa las exigencias de la fe y del trabajo (*VBL*, 10), usará esa iluminación para tomar mejores decisiones, no técnicas, pero sí morales. El listado de deberes éticos que se imponga puede ser el mismo que el de un no creyente, pero uno y otro formularán juicios distintos sobre la posibilidad práctica de cumplir esos deberes. La diferencia no radicará en la identificación de lo que es bueno, sino en el juicio práctico sobre si ese bien es realizable. Y aquí la diferencia entre ambos será decisiva. Por ejemplo, ambos tratarán de superar las inevitables limitaciones para corresponder plenamente a las exigencias de lo humano, pero el creyente reconocerá también que para esa perfección humana necesita la conversión personal, la misericordia de Dios, su perdón y su gracia auxiliante –y que el sufrir injusticia, hambre pobreza, persecución o humillación no se opone a la verdadera realización humana, algo que no es en modo alguno evidente sin el auxilio de la fe.

IV. El líder empresarial cristiano

Juan Pablo II dedicó palabras elogiosas al líder empresarial:

(...) quien produce una cosa lo hace generalmente (...) para que otros puedan disfrutar de la misma (...) Precisamente la capacidad de conocer oportunamente las necesidades de los demás hombres y el conjunto de los factores productivos más

apropiados para satisfacerlas es otra fuente importante de riqueza (...) Organizar ese esfuerzo productivo, programar su duración en el tiempo, procurar que corresponda de manera positiva a las necesidades que debe satisfacer, asumiendo los riesgos necesarios: todo esto es también una fuente de riqueza en la sociedad actual. Así se hace cada vez más evidente y determinante el papel del trabajo humano disciplinado y creativo, y el de las capacidades de iniciativa y de espíritu emprendedor, como parte esencial del mismo trabajo (...) Es su trabajo disciplinado, en solidaria colaboración, el que permite la creación de comunidades de trabajo cada vez más amplias y seguras para llevar a cabo la transformación del ambiente natural y la del mismo ambiente humano” (*Centesimus annus*, 32).

Ahora bien, el trabajo del líder empresarial tiene también una dimensión nueva para el cristiano, porque su objetivo supera la mera satisfacción de necesidades y la creación de riqueza. En efecto, su iniciativa “es particularmente necesaria cuando se trata de descubrir o de idear los medios para que las exigencias de la doctrina y de la vida cristianas impregnen las realidades sociales, políticas y económicas” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 899). Y, además, proporciona motivaciones adicionales para trabajar mucho y bien, porque “la conciencia de que a través del trabajo el hombre participa en la obra de la creación, constituye el móvil más profundo para emprenderlo” (*Laborem exercens*, 25).

En resumen, del líder empresarial cristiano se espera que haga lo que todo empresario debe hacer, con los mismos medios humanos. En cuanto cristiano, no tiene ninguna restricción adicional en su trabajo; si algo le está prohibido, no es por su condición de cristiano, sino por ser persona, porque una conducta inmoral le degradaría. En todo caso, su religión le ayuda a entender el por qué de esas restricciones, y le facilita medios espirituales y ascéticos para comportarse como debe.

Pero el líder cristiano sabe que está metido en un “negocio” que va más allá del beneficio, la eficiencia y la promoción humana. Es el “negocio” de Dios, que le ha encargado continuar la tarea de la creación y de la redención, desde la empresa, un lugar privilegiado para promover el progreso material, humano y espiritual de las personas y de los pueblos. Esto le da una visión nueva, más amplia, de su tarea, tal como la presenta el documento *La vocación del líder empresarial: una reflexión*.

Referencias bibliográficas

Benedicto XVI. (2005) *Carta encíclica Deus caritas est*. Libreria Editrice Vaticana, Roma.

Benedicto XVI (2009). *Carta encíclica Caritas in veritate*. Libreria Editrice Vaticana, Roma.

Catecismo de la Iglesia Católica (1992). Libreria Editrice Vaticana, Roma.

Consejo Pontificio para la Justicia y la Paz (2005) *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*. Planeta, Madrid.

Juan Pablo II. (1981) *Carta encíclica Laborem exercens*. Libreria Editrice Vaticana, Roma.

Juan Pablo II. (1991) *Carta encíclica Centesimus annus*. Libreria Editrice Vaticana, Roma.

Naughton, Michael; Alford, Helen (coords.) (2012) *Vocation of the Business Leader: a Reflection*. Pontifical Council for Justice and Peace (VBL).

Pablo VI. (1964) *Carta encíclica Lumen gentium*. Libreria Editrice Vaticana, Roma.

Pablo VI. (1965) *Carta encíclica Gaudium et spes*. Libreria Editrice Vaticana, Roma.